

GRÁFICA MULTICOLOR

Autora

María José Giraldo Villa

Director:

Jose David Cuartas Correa

Universidad del Valle,
sede Melendez

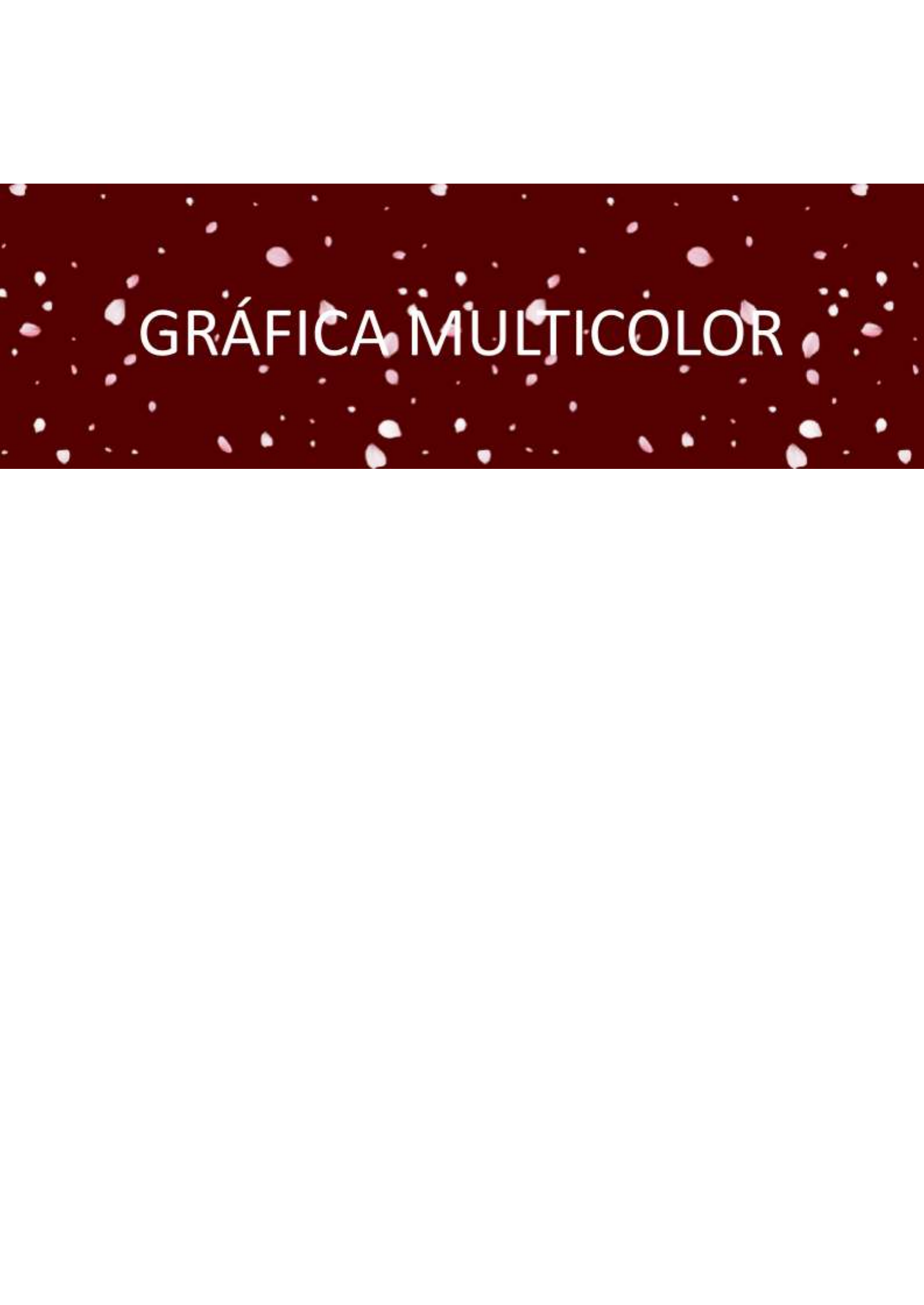
Facultad de Artes Integradas

Departamento de Diseño

Programa de Diseño Gráfico

Santiago de Cali, Colombia

Noviembre 24 de 2025

A dark red background with numerous small, light pink petals or confetti scattered across it, creating a festive or celebratory atmosphere.

GRÁFICA MULTICOLOR

A Bicho, porque en medio de mi duelo escribí esto,
porque tenía un vacío en el corazón mientras llenaba las hojas de palabras,
gracias por acompañarme durante ocho años,
por darme tu amor incondicional,
y en medio de tu sufrimiento demostrarme
que la valentía también viene en envase pequeño.

Y a Dobby, porque los cuatro años que nos diste
estuvieron llenos de amor, ternura y valentía.

Un beso a ambos, donde sea que estén.

“Sometimes I feel like giving up, but I just can’t, It isn’t in my blood.”

-Shawn Mendes

(“A veces siento que debo rendirme, pero no puedo, no está en mi sangre.”)

“I don’t aspire to be like other drivers. I aspire to be unique in my own way.”

-Sir Lewis Hamilton

(“No aspiro a ser como los demás pilotos. Aspiro a ser único a mi manera.”)

“It is our choices, Harry, that show what we truly are, far more than our abilities.”

-Albus Dumbledore

(“Son nuestras decisiones, Harry, las que muestran lo que realmente somos, mucho más que nuestras habilidades.”)

Índice

1. Términos importantes

2. Introducción ----- Loading...

3. Rojo ----- Raíces y Pasión

4. Naranja ----- Calidez, vitalidad, energía positiva

5. Amarillo ----- Alegre, ¿repulsivo?

6. Verde ----- Llegada a la órbita

7. Azul ----- Transformación interior

8. Violeta ----- Nuevo comienzo

9. Blanco ----- Loading...

10. Agradecimientos ----- Loaded.

Términos Importantes

- **CMYK:** Modo de color de documentos para impresión. (Cyan, Magenta, Black, Yellow) Cian, Magenta, Negro, Amarillo.
- **RGB:** Modo de color de documentos para formato digital. (Red, Green, Blue) rojo, verde, azul. *Colores pigmento:* Según Johannes Itten (1961), los colores pigmento se basan en la mezcla sustractiva, donde los pigmentos absorben parte del espectro luminoso, a diferencia de los colores luz, que se combinan por adición.
- **Cadáver exquisito:** juego de creación colectiva donde un grupo de personas crea una obra (ya sea escrita o gráfica) de forma secuencial, cada uno sin conocer completamente lo que han hecho los demás, lo que resulta en una obra final colectiva e inesperada.
- **Tuluá:** Es un municipio colombiano ubicado en la región central del departamento del Valle del Cauca. También se conoce como El Corazón del Valle o La Villa de Céspedes, en honor a Juan María Céspedes, sacerdote y botánico tulueño en cuya memoria se nombró el jardín botánico del Valle del Cauca, ubicado en el corregimiento de Mateguadua a 7 Kilómetros del casco urbano de Tuluá, al pie de la cordillera central de los Andes, su extensión 154 hectáreas, a una altitud de 1050 a 1300 metros sobre el nivel del mar. Este jardín posee el más grande semillero de bambú y guadua de América, además de un museo y tienen en su haber más de 17.000 plantas de todo el mundo.
- **UCEVA:** Unidad Central del Valle. Es una institución pública de educación superior. “La UCEVA fue creada por medio del Acuerdo n.º 24 de junio de 1971, del Concejo Municipal de Tuluá- Valle del Cauca, Colombia, como alternativa de acceso a la educación superior para los bachilleres del centro y norte del departamento del Valle del Cauca.”
- **Boticario:** Farmacéutico.

- **Botica:** Farmacia.

- **Club Ciclista Santander:** Institución fundada por Gilberto Giraldo Galvez “3G” en Tuluá, Valle. Pionera en La Vuelta a Colombia en Bicicleta.

- **Univalle:** Abreviación de ‘Universidad del Valle’ ● Squad: Equipo de trabajo.

- **Menorragia:** Sangrados menstruales abundantes. ● Dismenorrea: Dolor menstrual intenso.

- **Menjurje:** Mezcla de ingredientes naturales que se usa como remedio para condiciones de salud.

Introducción

A la hora de sentarme a escribir mi trabajo de grado, me di cuenta de que tenía muchas cosas por contar relacionadas con mi proceso en la universidad, pero también de la historia que hay detrás de todo lo que se tuvo que poner en sitio para que yo llegue hasta acá. Así que decidí que ese era el camino de entrada a mi gráfica multicolor. La RAE (s. f.) define la palabra gráfica como “Dicho de un modo de hablar: Que expone las cosas con la misma claridad que si estuvieran dibujadas”, no podía pensar en una mejor forma de retratar mi historia hasta ahora, siendo que sobretodo los últimos cuatro años de la misma han estado rodeados de colores por todos lados, ya sea RGB, CMYK o pigmentos; en todos mis diseños he dejado un pedacito de mi, y con eso en mente puse en marcha un escrito guiado por los colores y los sentimientos que estos emanan, para ayudarme a contar mi historia, y un poco más. Quiero dejar muy en claro que una parte extensa de mi escrito será un espacio muy merecido a la historia de mi familia. Porque sin ellos, no sería el cadáver exquisito que soy.

Lejos de quedarme en lo mío, quise abrir una conversación que considero inmensamente importante en relación no solo con la modalidad de pasantía que ofrece la Universidad del Valle, sino para las personas que ya forman parte, formalmente, del mundo laboral: la interacción que hay entre la vida personal, la vida laboral y la salud física o emocional. Una constante que pude ver en las reflexiones finales de algunos colegas universitarios, se replicaba al escuchar conversaciones de pasillo y viví en carne propia, es que el estrés, las enfermedades crónicas, la salud mental y la vida laboral no están listos para convivir en un mismo ambiente. Byung Chul Han en su escrito *La agonía del Eros* (2017), menciona que para el capitalismo la depresión junto con el síndrome de agotamiento, representan un fracaso insalvable en el poder, una insolvencia física. La imposibilidad de compensar dicha deuda. La fuerza laboral no está organizada, en su mayoría, para recibir personas con sus dolencias, achaques y condiciones de salud (ya sea física o

emocional). Esperan máquinas de fuerza que no se cansen, no se enfermen y, sobre todo, que no se quejen. Pero no están dispuestos, al menos una parte, a realizar cambios para acomodarse al empleado que necesita ajustes razonables.

La eterna deshumanización de la raza humana que lleva a los empleadores a ver a los empleados como simples números o máquinas de fuerza, olvidando que lo que los tiene allí en primer lugar, es ser humanos.

Como plantea David Graeber en *Trabajos de mierda* (2018), el mundo laboral moderno ha convertido el trabajo en un fin moral en sí mismo, y ha olvidado que detrás de cada empleado hay una persona con cuerpo, emociones y límites. Este sistema, que exige productividad constante y castiga la vulnerabilidad, perpetúa una forma de violencia psicológica que despoja a los trabajadores de su dignidad y humanidad. En mi caso, esa lógica se reflejó en la dificultad de lograr acuerdos que reconocieran mis necesidades de salud sin que ello fuera interpretado por mí o por mis empleadores como debilidad o falta de compromiso. Porque la lucha interna es constante.

En la parte central de este escrito cuento mis propias dificultades en relación con mi salud mental y física, lo complejo que fue equilibrar la búsqueda de la mejoría de la salud con los problemas para llegar a acuerdos, que se consideren razonables, con la empresa para adaptarse al ritmo de vida de los involucrados. Y como elemento vital de este análisis me propongo a reflexionar desde lo personal sobre todos los aspectos que puedo relatar aquí mismo: las frustraciones que tuve, los desencantos con mi carrera, los problemas que tuve que enfrentar por mi cuenta, experiencias compartidas y, por sobretodo, mi crecimiento.



La historia de mi familia se parece mucho a la de muchas familias colombianas: llena de esfuerzo, amor y sueños aplazados. Lo que vivimos no es algo único, sino parte de una historia compartida por miles de personas que han aprendido a salir adelante con lo que tienen.

Mi mamá, Luz Adriana, es la mujer más admirable que conozco, se graduó en administración de empresas de la UCEVA, siempre quiso estudiar psicología, pero las circunstancias la llevaron por otro camino. Aún así, su forma de escuchar, entender y cuidar a los demás refleja esa vocación. Historias como la suya son comunes en nuestro país: mujeres que, aunque no cumplieron sus propios sueños, estos fueron evolucionando y se convirtieron en la base para que otros sí pudieran hacerlo. La menor de los dos hijos de *Héctor Fabio Villa y Luz Mila Vasquez de Villa*. De mis cuatro abuelos, solo he tenido la fortuna de conocer y disfrutar infinitamente a mi abuela Mila, quien creció en una familia cafetera de Sevilla, rodeada de campo y trabajo duro. Son 16 hermanos, y ella dice que antes era más fácil tener muchos hijos porque ayudaban en la finca y no se pagaba la mano de obra, y con eso resume toda una época donde la vida giraba alrededor de la tierra. Cada vez que la escucho, vienen a mi cabeza los colores de la tierra, las manos marcadas, los rostros quemados por el sol y pienso que diseñar también es eso: contar historias a través de imágenes que nacen de la vida real.

Toda mi vida mi abuela me ha mostrado un amor incondicional, he crecido a su lado, con sus abrazos, chistes y chocolates deliciosos, viéndola en todas sus facetas y dejando que me acompañe en las mías. Es la alegría de mi vida verla reírse a carcajadas cuando se burla de alguien, incluso verla enojada alegando con quien sea. *Mi abuelo Fabio y su hermana, Nubia*, fueron desplazados por la violencia bipartidista, como tantas familias en Colombia. Su historia me recuerda que detrás

de cada persona hay una memoria que merece ser contada, y que el diseño puede ayudar a hacerlo visible. Un cartel, una ilustración o una publicación pueden convertirse en una forma de no olvidar. Su familia es de Fenicia, un pueblo trepado en una montaña del Valle del Cauca, por allá por el páramo del duende. Aunque no conocí a mi abuelo, su hermana y mi mamá son quienes me cuentan la mayoría de las historias que lo mantienen vivo en mi cabeza. *Mi tía Nubia*, a sus 90 años, con una memoria perfecta, una risa hermosa y el carácter fuerte.

Mi papá estudiaba en Cali; siendo el menor de los varones, penúltimo de nueve hijos, de los cuales sólo cuatro tuvieron educación profesional formal, mi papá como odontólogo y tres de sus hermanas, una como Profesora, otra como Fisioterapeuta y la última como Comunicadora Social y periodista. Hijo de *Marta Tulia Gonzalez de Giraldo* (porque en esa época las esposas cambiaban su nombre de solteras para pasar a ser propiedad exclusiva de sus esposos y reflejarlo en su documento de identidad.) y *Gilberto Giraldo Galvez “3G”*, un hombre con corazón de oro. “3G” fue boticario, ciclista y activista a su manera. En su botica del centro de Tuluá atendía a todo el mundo, a veces cobrando menos o fiando, con tal de aliviar a alguien. Esa bondad tuvo costos para la familia, pero también dejó una marca en el pueblo: fundó un club de ciclismo, empujó carreras que hoy son legendarias como la Primera Vuelta a Colombia en Bicicleta y soñó con un estadio que ahora es el Estadio “12 de octubre”, en Tuluá. Cuando pienso en él, pienso en el diseño como servicio público y lo importante que es mantener viva la memoria y la pasión: con rótulos sencillos de farmacia, carteles de carrera pegados en paredes, tipografías hechas para que cualquiera entienda. Diseñar también es cuidar: ordenar la información, hacerla clara, pensar en el otro primero. Mi papá heredó mucho de él, la gente lo reconoce por su amabilidad, bondad y por cómo se preocupa por los demás.

En mi familia, tres generaciones pasaron por la Universidad del Valle. En 1991 mi papá se graduó como Odontólogo, esto tras años de idas y venidas, viajando entre

Tuluá y Cali para estar con su familia, trabajar y pagarse la universidad, una realidad donde trabajaba un año, ahorra y al siguiente año estudiaba, al mismo tiempo que mantenía una casa junto a mi mamá, que se las había apañado para convertir esa casa en un hogar. Unos años después, tal vez tras una conexión inexplicable o simplemente por falta de recursos y con la promesa de la excelencia académica de la institución pública, a principios de 2006 mi hermana *Adriana Marcela* llegó a la misma universidad. En 2011 se graduó como psicóloga en una ceremonia a la que asistí y en la que quedé fascinada con la universidad: parecía la primera vez que la miraba, pese a que muchas veces la había visto. Ella había pasado sus años como universitaria haciendo los mismos trayectos que mi papá había hecho antes, recorriendo salones similares y tomando las mismas rutas, pero con diferencias vitales entre su realidad y la de nuestro padre, pese a ser el mismo espacio. Mi papá vivió una universidad más tranquila, mi hermana una más combativa, y yo una que sigue luchando por ser libre, creativa y justa. Cada una refleja los tiempos que nos tocó vivir, como el diseño también cambia con la época: lo que antes se hacía a mano ahora se hace en digital; lo que antes era sólo estética hoy también es protesta, memoria y comunidad.

Somos tres mundos distintos. Mi papá es sereno y calmado, un hombre que va con un ritmo despacioso a todos lados y se fija hasta en el más mínimo detalle para llegar a la perfección, lo que lo lleva a ser el mejor odontólogo, según mi opinión completamente parcial. Mi hermana, por su lado, es un torbellino de colores y sonrisas: acelerada, extrovertida y llena de vitalidad. Está en todos lados, dejando su energía como una marca, como si fuera un trazo que lo ilumina todo. Esa misma energía la convierte en la psicóloga más curiosa y auténtica que conozco. Ella me ha enseñado a amar lo que es nuestro, a defender los principios y a entender que siempre hay una luz al final del túnel. Yo, por otro lado, estoy en medio: un equilibrio raro entre la calma de mi papá y la intensidad de mi hermana. La universidad que me tocó a mí es distinta a la de ellos. Es combativa, ruidosa, apasionada por las

causas justas. En sus pasillos se siente ese espíritu del que hablaba Freire en Pedagogía del Oprimido (1970): la educación como acto de libertad. En la Facultad de Artes Integradas, cada rincón tiene color, textura y voz. Hay carteles, murales, gritos, risas y también silencios. Todo se mezcla y se vuelve una especie de collage vivo donde el arte y el diseño se cruzan con la realidad social.

Mi facultad es única, colorida y ruidosa: los pasillos de la Facultad de Artes Integradas están llenos de tonalidades distintas y voces que gritan por lo que aman o lo que rechazan, depende del día; y en medio de tanto caos encontramos tiempo para todo: reír, llorar, bailar, cantar, incluso tomar un minuto de silencio para recordar a quienes han decidido que este es el sitio en el que quieren permanecer por la eternidad. En medio de tanto caos aprendemos a mirar distinto. Aprendemos que diseñar no es solo crear algo bonito, sino comunicar, protestar, recordar. Un afiche puede ser un grito y un color puede ser una idea. Goethe (1810) tenía razón cuando decía que el rojo es el color de la vida intensa, de la fuerza que enciende los sentimientos. Para mí, ese rojo es el color de mis raíces, el color del esfuerzo y del amor con el que mi familia —y tantas otras familias colombianas— han construido su futuro. Es el mismo rojo que se ve en los carteles, en las marchas y en los corazones de quienes todavía creen que vale la pena crear, cuidar y transformar desde lo que hacen.



¿Y qué mejor forma de demostrar lo versátil que es la Universidad del Valle?

Mi papá, mi hermana y yo buscamos cosas distintas en nuestra alma máter. Cada uno vivió su propia versión de Univalle: él con calma y disciplina, ella con entusiasmo y rebeldía, y yo con una mezcla de ambas. Tuvimos experiencias diferentes en los pasillos ruidosos, en las aulas llenas de ideas, en los días largos que se sienten cortos cuando uno está creando algo que ama. Pero los tres compartimos algo esencial: Univalle nos abrió las puertas un día y años después nos dejó ir siendo otras personas, con la cabeza llena de sueños, dudas y ganas de conquistar el mundo.

Yo me voy sabiendo lo que es convivir con el cambio constante, con los aires de revolución que llenan el campus y con la certeza de que si logré sobrevivir cuatro años en esos pasillos —entre paros, desvelos, entregas interminables y momentos que hoy se sienten como pequeñas victorias— puedo lograr cualquier cosa que me proponga. Y no lo digo porque la Universidad del Valle sea terrible; todo lo contrario. Es un lugar donde todo se mezcla: personas, ideas, ideologías, estilos. Es imposible mantenerse al tanto de todo porque en cada pasillo hay una lucha distinta, una historia distinta, una inspiración esperando ser descubierta.

Me di cuenta de que el diseño gráfico no solo está en las clases o en los programas de dibujo, sino en la vida misma: en los carteles pegados en los muros, en las consignas pintadas a mano, en los colores que cuentan lo que las palabras no alcanzan. En Univalle aprendí que el diseño también es una forma de resistencia, de memoria y de comunidad. “Lo que era no es lo que soy... y lo que soy no es aún lo que puedo ser,” escribió John Katzenbach en *El psicoanalista* (2002), con el tiempo entendí que eso también ocurre con el diseño: cada cartel, cada trazo, cada idea es una versión que evoluciona, se transforma y encuentra su sentido en el movimiento

colectivo. Los estudiantes de últimos semestres aconsejan a los nuevos, que todavía creen que algún día se acostumbrarán al ritmo frenético de esta universidad, pero nadie lo hace realmente. Y quizás está bien así: porque en el movimiento, en el caos y en la diversidad, también está el verdadero acto de crear.

Al empezar primer semestre, mi hermana Adriana Marcela me escribió un mensaje de texto diciéndome que me esforzara lo más que pudiera en mi carrera, pero que no olvidara sacar tiempo para las cosas que me gustaran y me llenaran el corazón; que no todo podía ser obligaciones y seriedad, que debía tener un polo a tierra con algo que me hiciera feliz el alma. Tal vez para ella fue un consejo pequeño, una frase lanzada al aire según su propia experiencia, pero para mí se volvió una guía. Ese mensaje me acompañó durante toda la carrera y me ayudó a encontrar un equilibrio entre el deber y el disfrute, entre la exigencia y el arte. Mi paso por Univalle ha estado lleno de acontecimientos que marcaron etapas importantes. Antes de empezar, mi entusiasmo era casi nulo: mi familia me aseguraba que los paros ya eran cosa del pasado, que la universidad estaba tranquila. Pero mi primer semestre, 2021-1, fue completamente virtual y duró de febrero a octubre, con un paro de cinco meses que comenzó una semana antes del estallido social y terminó mucho después. Desde entonces, los calendarios se mezclaron: mientras otras universidades estaban de vacaciones, nosotros seguíamos en clase, y hubo un año en que cursamos tres semestres seguidos, terminando el 22 de diciembre y volviendo en la segunda semana de enero.

Entre ese caos y los ajustes constantes, ví que la vida universitaria no solo forma profesionales, sino también resistencia, paciencia y comunidad. En palabras de Albus Dumbledore* en Harry Potter and the Prisoner of Azkaban (Cuarón, 2004): “La felicidad puede hallarse hasta en los momentos más oscuros, si uno recuerda encender la luz.” Y creo que eso resume mi paso por Univalle: encontrar luz incluso en los semestres más largos y complicados. En medio de la incertidumbre, el diseño

fue mi refugio, una manera de traducir todo lo que pasaba afuera, de poner color en medio del cansancio.

Descubrí que el diseño gráfico también puede ser un acto de empatía, una forma de ordenar el desorden, de contar lo que duele y de dejar una huella incluso cuando todo parece incierto. Un psicólogo que conozco hace varios años me mencionó que los artistas tienen una mente que funciona de una forma única, que no hay uno solo que no use sus dolencias o sus dichas como inspiración para el arte, y no he dejado de pensar en eso desde primer semestre.

Cambiar de ciudad, llegar a conocer a mis compañeros de clase cuando ellos ya se conocían entre todos, sentirme un poco de lado y, poco a poco, ver cómo había personas que me “adoptaban” y se hacían mis amigos en esos primeros meses, mientras aprendía lo que era vivir sola en otro lugar, fue un proceso lento pero tranquilo. Después de vivir en Tuluá toda mi vida, mudarme a Cali fue una de las decisiones más grandes y emocionantes que he tomado; también una de las más llenas de ansiedad, aunque eso último era casi inevitable después de pasar por una pandemia. En ese tercer semestre, cuando finalmente llegué a la Sucursal del Cielo, conocí a mi gran amiga y colega: Daniela Otálvaro. Mi propia burbuja fue tomando forma con los vínculos y el ritmo que necesitaba para empezar a sentirme parte de algo.

Daniela es diseñadora industrial, pero como diseñadoras, y como amigas, compartimos los mismos miedos, dudas y pequeños triunfos. Fue una de las primeras cosas realmente significativas —más allá de lo académico— que me dio la universidad. Tres años después, puedo decir que ha sido uno de los pilares que me mantuvo firme en el proceso: tener cerca a alguien que vive lo mismo que tú, que a veces tampoco sabe cómo afrontarlo, o que parece tener todo claro y te inspira a mejorar en el camino. Hay una especie de consuelo en la inexperiencia compartida y en las ganas de salir adelante juntas.

Daniela ha hecho cosas increíbles, y cada paso que da hacia sus metas se siente como un logro compartido. Me recuerda que, por muy turbias que se pongan las cosas, siempre hay una manera de salir adelante. Su cabello de mil colores, su risa y su energía parecen teñirlo todo de un tono naranja, un color cálido y energético que aparece cuando aún hay dudas, pero también esperanza; cuando todo es cambio constante y uno se adapta como puede, entre risas, entregas, amistades nuevas y formas creativas de sobrevivir al caos universitario.



En cuarto semestre cambié de pénsum y conocí “oficialmente” a Andreina —a pesar que enterramos al tiempo a diseño— y desde entonces ha sido quien me ha acompañado en cada clase, trabajo y problema que se nos presenta. Andre ha estado conmigo durante los últimos seis semestres, mientras las dos intentábamos descifrar un pénsum que, por donde lo miráramos, parecía incompleto; una universidad que no siempre es amable y un campus tan grande que, después de cuatro años, todavía logra perdernos. Encontramos nuestro propio ritmo de trabajo y logramos entregas que nos hicieron sentir a veces orgullosas, a veces conformes. Nos alentamos mutuamente a no rendirnos, a seguir a pesar del cansancio, y también nos acompañamos en las idas a comprar comida en plena clase, un gesto pequeño que muchas veces fue lo que nos ayudó a llegar al final del día.

En medio del aspecto social tan complicado que se vive en Univalle, encontrar a dos personas con las que comparto la pasión por el diseño, el amor por los detalles visuales y la necesidad de comunicar con sentido, fue una suerte. Con ellas aprendí que el diseño no se trata solo de programas o proyectos, sino de entender la forma en que vemos el mundo y cómo lo compartimos con otros. Diseñar también es acompañar, traducir, cuidar y crear vínculos. Me sostuvieron cuando lo necesité, y yo las sostuve cuando lo necesitaron. Ambas son grandes diseñadoras, hechas para cosas enormes, y ambas me ayudaron a llegar hasta aquí. Su presencia fue como una retícula invisible que ordenó mis días y me dio estructura cuando el caos parecía dominarlo todo.

Como diseñadora, me enamoré perdidamente de la gráfica en mi cuarto semestre, cuando el profesor José García Bonilla nos mostró los secretos detrás de cada tipo y la historia que esconden las letras. Fue ahí donde descubrí que las tipografías también tienen voz, ritmo y personalidad. Entendí que el diseño no sólo transmite

mensajes, también emociones y memorias. Hicimos un manual tipográfico con más de treinta estilos distintos, aprendimos lo que era la serigrafía y la paciencia que

exige cada paso para lograr algo tan meticuloso, y luego junto a Nathali Sarria cosimos a mano cada manual, con el mismo cuidado con el que uno cose una historia. Ese proceso me enseñó que el diseño tiene algo de artesanal, de íntimo y de humano. Adaptarme a Univalle no fue fácil; lo que pasó fue que terminé construyendo mi propio espacio de comodidad, con todo lo que necesitaba para sentirme bien en los pasillos. Aunque nunca terminé de encajar del todo, al menos ya no me sentía ajena. Las luchas de la universidad empezaron a tener sentido, los reclamos a gritos se vieron justificados, y el silencio, poco a poco, comenzó a incomodarme. Aprendí que el diseño gráfico es inmensamente político: que un cartel, un trazo o una imagen pueden hablar por quienes no son escuchados. En palabras de Pablo Jaramillo 'Los diseñadores podemos dominar el mundo.'

Siempre he sido una soñadora, pero mientras avanzaba en la carrera, esos sueños con los que llegué en 2021 cambiaron de forma: ya no se trataban solo de irme del país, sino de crecer dentro de mi profesión, de usar el diseño para contar historias, para construir memorias y para tender puentes. John Katzenbach menciona en *El Psicoanalista* (2002) que los momentos pueden durar una eternidad o evaporarse en seguida, todo depende de nosotros. Y eso siento cuando miro atrás: que cada esfuerzo, cada amistad, cada proyecto y cada diseño fueron pequeños momentos que he ido alargando y me abrieron el camino a la profesional que soy hoy y a la diseñadora que aún sigo aprendiendo a ser.

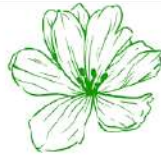
Tengo compañeros inmensamente talentosos, cada uno más creativo que el anterior, y en medio de clases y conversaciones que no llegaban a ningún lado declaramos que nuestro futuro sería extremadamente exitoso: algunos en otro país, otros haciendo industria local, y unos pocos ni siquiera pensaban en dedicarse a lo que estaban estudiando. Yo, mientras tanto, mantenía la convicción de que mi futuro

sería en Europa, y así será. Decidí que haría una maestría en España o Italia, que trabajaría como diseñadora de marca, que aprendería sobre empaques, identidad visual y comunicación consciente, y alcanzaría la estabilidad económica suficiente para llevar a mi familia a conocer toda Europa, dándoles la seguridad que tanto hemos perseguido. Quiero salir al mundo, tener mi propia versión del triunfo, ayudar a mi familia y amigos cuando lo necesiten, y sentirme plena y en paz. Son metas que han tomado forma a medida que voy creciendo, entre más consciente me vuelvo de lo que necesito o necesitan las personas a mi alrededor. Y creo que eso también es diseño: observar las necesidades, entenderlas y transformarlas en algo útil, bello y humano. Mi manera de soñar cambió cuando entendí que diseñar también puede ser una forma de cuidar, de acompañar y de crear bienestar.

Entonces todo empezó a teñirse del amarillo suave pero insistente: ese color que aparece cuando los sueños se ordenan, se agrandan y se llenan de intención. Fue el tono que iluminó mi cuarto semestre, cuando la tipografía me mostró que el diseño podía ser una forma de amar y no solo de hacer. Cuando me vi proyectándome más allá de los pasillos de Univalle, construyendo metas que ya no eran vagas ilusiones, sino decisiones con dirección.

Kandinsky (1912) describía el amarillo como un color cálido y expansivo, asociado a la alegría y a la vitalidad del sol, pero que en exceso puede volverse agresivo o perturbador. En mi caso, ese amarillo fue la energía que me impulsó a seguir soñando, pero también la advertencia de no dejarme consumir por la ambición.

Representó la claridad después del ruido, el calor de un futuro que, por primera vez, parecía posible, pero también la conciencia de que la luz más intensa puede cegarnos si no aprendemos a mirar con calma. Y aunque el camino aún está en construcción, tengo la certeza de que, la esperanza es, muchas veces, más fuerte que el miedo.



Trabajar como diseñadora gráfica junior justo antes de terminar la carrera fue como ver el mundo profesional por primera vez, desde dentro. Entré con una mezcla de emoción y duda, preguntándome si de verdad estaba lista, si tendría lo necesario para dejar de ser solo estudiante y convertirme en diseñadora de verdad. La Universidad del Valle me ofreció una forma suave de hacer esa transición a través de la modalidad de pasantía como proyecto de grado. Así, de a poco y sin demasiados sobresaltos, empecé a recorrer ese nuevo terreno.

El cambio me ayudó a entender el mundo que había empezado a conocer en primer semestre: el diseño gráfico. Estudiar y trabajar a la vez me empujó a ser más organizada, más atenta, y sobre todo, más consciente de mis propias falencias, esas que llevaba tiempo viendo pero no terminaba de asumir. El entorno laboral me mostró que también se puede aprender desde la calma, desde el respeto y sin miedo al error. Me encontré con un equipo que me trató como a una igual, que me hizo sentir parte, aunque todavía estuviera cruzando la línea entre estudiante y profesional. Cada proyecto fue una oportunidad para aplicar lo que había aprendido en los pasillos de Univalle, pero también para descubrir que el diseño gráfico no termina en el aula: vive en la colaboración, en la escucha y en la confianza que se construye entre colegas. Aprendí que crecer no siempre duele; a veces se siente como un color nuevo que aparece de forma inesperada, una mezcla entre lo que termina y lo que comienza.

Porque, tal como Antoine de Saint-Exupéry en *El principito* (1943) afirma, en muchas ocasiones lo esencial es invisible a los ojos. Y en esa invisibilidad —en los gestos, en la paciencia, en la ayuda silenciosa de quienes me acompañaron— encontré la parte más valiosa de este camino: la certeza de que seguir aprendiendo también es una forma de crear.

Y sin embargo, no todo fue sencillo. Cuando comencé el camino de la pasantía como modalidad de grado, entré en una empresa estadounidense llamada Kaleidoscope, enfocada en branding y packaging, dos áreas del diseño que siempre me han entusiasmado profundamente. La oportunidad me llegó gracias al profesor Javier Reyes y, aunque no era remunerada, sentí que era un paso importante para acercarme al futuro que soñaba construir. Pero muy pronto esa ilusión empezó a agrietarse.

En la práctica comencé a enfrentarme a tareas muy específicas del mundo del empaque, un campo que en la universidad nunca vimos. Una de mis responsabilidades era cambiar el modo de color de los archivos —de CMYK o RGB a PANTONE— y reducir los canales a un máximo de cuatro tintas, porque cada tinta representa un costo enorme y, al limitarse a cuatro, la producción en masa se vuelve más eficiente. Además, trabajar con PANTONE garantiza que el color salga igual en todas las impresiones, algo fundamental en branding y packaging. El problema fue que nunca me enseñaron PANTONE, no sabía cómo pasar de un modo de color a otro en Photoshop —jamás lo habíamos hecho en clase— y yo misma nunca lo había explorado por mi cuenta porque casi no uso Photoshop. Sentía que me movía en un terreno completamente desconocido.

La comunicación con mi tutor de prácticas se volvió difícil; las instrucciones llegaban en inglés, un idioma que manejo bien, pero cuando aparecían conceptos demasiado técnicos todo se volvía confuso. Los ejercicios parecían no tener contexto, y las retroalimentaciones, más que orientarme, comenzaron a sentirse como juicios. Dejé de hacer preguntas. Dejé de sentirme capaz. Y aunque entendía que él no era profesor sino diseñador, la falta de pedagogía me pasó factura, no solo académica, sino también emocional.

Aun así, hubo cosas valiosas. Las bases de Illustrator que vimos en la universidad sí me sirvieron muchísimo, y terminé aprendiendo a usar mejor la herramienta y funciones que ni sabía que existían. También entendí, a partir de lo que viví, la

importancia de transmitir el conocimiento de forma amable, sin hacer sentir a la otra persona inferior solo porque no sabe algo o está confundida.

Pero entre lo técnico que no dominaba, la presión constante, el silencio, y mi propio miedo de no estar a la altura, terminé agotada, confundida y sola. Todo eso terminó por enfermarme y obligarme a pausar la pasantía.

Entonces apareció una empresa española de marketing digital con oficinas en Cali. Me ofrecieron un puesto como diseñadora gráfica junior, justo cuando mi situación económica y familiar atravesaba un momento complicado. Acepté el trabajo con miedo, pero también con una determinación silenciosa que había ido creciendo dentro de mí. Porque a veces uno no elige el momento de empezar de nuevo; simplemente ocurre. George R. R. Martin en *A Game of Thrones* (1996) menciona que un moretón es una lección, y hace énfasis en que cada lección nos hace mejores. Aprendí que reconocer el cansancio, aceptar el fracaso y tener el valor de parar también son formas de seguir adelante. Esa pausa no fue el final, sino el comienzo de una versión más fuerte y más consciente de mí misma como diseñadora.

La modalidad de trabajo era híbrida: de lunes a viernes, dos o tres días desde casa y los otros desde la oficina. Todo se gestionaba de forma virtual —reuniones, firmas, entregas, coordinación de equipos—, así que ir presencialmente no suponía una mejora real en las condiciones laborales; a veces, incluso resultaba más incómodo. Las idas a la oficina se sentían más como un cambio de ambiente que como una necesidad, pero eran un momento para convivir con mis compañeros de equipo, reírnos de cualquier cosa, compartir el almuerzo, aprender unos de otros y cambiar la rutina.

Mi trabajo del día a día consistía en hacer piezas para redes sociales, principalmente Instagram y Facebook. La agencia manejaba cinco líneas de contenido, cada una con una plantilla distinta, y en total eran treinta y siete piezas que debían resolverse en máximo una hora y media. Las cinco líneas de contenido no eran algo rígido; se

ajustaban según las necesidades del cliente, dependiendo de su tono, su público y lo que estuviera viviendo en ese momento, así que cada marca tenía su propio ritmo y su propia lógica. El ritmo era rápido, casi de cadena de producción, y justamente por eso la herramienta principal era Canva: se priorizaba la velocidad y la producción en masa antes que la calidad más artesanal. Aun así, varias cosas que aprendí en la universidad me ayudaron muchísimo: la diagramación que vimos en clase fue clave para arreglar y mejorar plantillas, y las lecciones de fotografía me sirvieron para tomar buenas decisiones al elegir imágenes cuando nos tocaba hacerlo, aunque no fuera tan frecuente.

En contraste, también hubo áreas donde sentí que me faltaba base. Me di cuenta de que necesitaba aprender más sobre diseño de logos; cuando vi Diseño de Marca, nos enfocamos mucho en el MASS y en otros aspectos del branding, pero no tanto en la creación del logo como tal, y ese vacío a veces se hacía evidente.

A pesar del ritmo acelerado, en mi equipo encontré algo que pensé que no existía: un espacio donde el aprendizaje era parte del trabajo y donde preguntar no daba miedo. Todos —desde el diseñador hasta el jefe de squad— estaban en constante evolución, y mis ideas fueron bienvenidas desde el principio. El trabajo en equipo era constante, porque realmente funcionábamos como una cadena, pero con una comunicación abierta y una líder que confiaba ciegamente en nosotros. Y algo que nos enseñaban una y otra vez —y que terminé confirmando por mi cuenta— era la importancia de conocer al cliente para entender el corazón de su marca, incluso cuando ese conocimiento debía construirse a través de intermediarios, porque normalmente los diseñadores no hablábamos directamente con los clientes; casi siempre todo pasaba por los comunicadores o por los líderes de cuenta. Aun así, escuchar y comprender incluso desde la distancia me ayudó a destacar.

Un día en la oficina, en medio de la jornada, mi jefa Ángela se acercó a mí y me comunicó que en diez minutos debía entrar a una reunión virtual importante con un cliente que llevaba meses con la empresa, y que yo sería la representante de

Diseño. Llevaba un par de días escuchando al equipo hablar de ese cliente —al que llamaré Andrés—, de lo difícil que había sido entender sus solicitudes y de cómo ninguna propuesta anterior había sido aceptada. Justamente por eso me sorprendió aún más que me pidieran entrar, porque no solíamos hablar directamente con los clientes. Entré a la llamada acompañada por mi jefa, el jefe de las oficinas en Colombia y un comunicador social. Andrés llegó con una actitud positiva y curiosa. La reunión duró dos horas, y me dediqué principalmente a escucharlo: no solo lo que quería para su marca, sino quién era él. Sus gustos, sus pasiones, su historia. Comprendí que nuestro trabajo no era simplemente venderle una identidad visual y un par de publicaciones para sus redes, sino ayudarlo a verse reflejado en ello. Finalmente, decidí dar un paso adelante y le propuse cinco líneas de contenido. Expliqué de qué trataría cada una y le sugerí que él mismo se hiciera cargo de una de ellas, para que la autenticidad que buscaba se mantuviera viva. Andrés estaba encantado. Nos dio el sí al instante, agradeció la propuesta y mencionó que era exactamente lo que buscaba. Ese día confirmé, una vez más, lo primordial que es entender al cliente para poder entender el corazón de su marca. Ahí lo supe: lo logré.

No solo como diseñadora, sino como comunicadora. Había entendido algo esencial: que el diseño no se impone, se construye con otros. En *Coraline* (2002), Neil Gaiman menciona que cuando tienes miedo pero aun así lo haces, eso es valentía. Descubrí que la valentía no siempre hace ruido; a veces se manifiesta en un clic, en una idea compartida o en la voz tranquila que decide hablar cuando el miedo aún está presente. Al principio tenía miedo de fallar o atrasar procesos. Pero la confianza que mi equipo depositó en mí fue el empujón que necesitaba para tomar vuelo. Descubrí que mis habilidades estaban más afiladas de lo que pensaba y que mis inseguridades, aunque válidas, no tenían por qué detenerme. Empecé a crecer, a preguntar, a ofrecer ayuda y a ver que el trabajo no tenía por qué ser una lucha constante, sino un espacio donde acompañarse y avanzar juntos. Porque sí, pese a

que aún somos estudiantes, también somos diseñadores. Merecemos entornos donde el error no sea motivo de vergüenza, sino parte del proceso; donde la experiencia no sea excusa para humillar, sino oportunidad para enseñar; donde ver a uno de nosotros avanzar signifique que avanzamos todos.

En Rebelión, Anna K. Franco habla de que si el mundo nos expulsa, nosotros tenemos toda la capacidad de crear nuestro propio mundo. Eso es precisamente lo que hacemos cuando decidimos cambiar la forma de aprender, de trabajar y de acompañarnos. Creamos un espacio donde la empatía sustituye al miedo, donde enseñar se vuelve un acto de generosidad, y donde el diseño deja de ser solo técnica para convertirse en comunidad.

Fue un proceso de aprendizaje inmenso, en el que la mayor parte del tiempo estuve segura de mi lugar en el equipo. Pasé de ser la diseñadora nueva, a encargarme de diferentes etapas de proyectos, a darle capacitaciones a los miembros más nuevos conforme iban sumándose. Los procesos no siempre eran perfectos, y en muchas ocasiones tocaba repetirlos, pero lejos de ver esos reprocesos como errores, mi jefa los llamaba oportunidades de mejora. Un simple cambio de lenguaje hacía nuestras jornadas más livianas. Cuando llegué a la empresa, de mi equipo de trabajo salían entre 20 y 24 proyectos por día, sin incluir reprocesos que estaban, según recuerdo, en un 40 % el primer mes.

Pero al irme estábamos entregando entre 80 y 100 proyectos diarios, y los reprocesos se habían reducido al 20 %-25 %. El esfuerzo y el cambio de metodología se veían por todos lados, y eso nos hacía muy felices.

Para el final de mi paso por la empresa, pasamos cerca de dos meses trabajando completamente desde casa debido a las renovaciones en la oficina. Esa etapa hizo mis días mucho más llevaderos: los síntomas eran manejables, podía tomar pequeños descansos cuando lo necesitaba, tenía a la mano mis medicinas y menjurjes, y, sobre todo, la tranquilidad que da el simple hecho de estar en el propio hogar.

No hubo ningún cambio real en el trabajo, más allá del espacio físico desde el cual lo realizábamos, ya que todos los procesos - reuniones, entregas, coordinación, revisiones- se desarrollaban de manera virtual. Por eso, cuando solicité adaptaciones temporales para poder llevar a cabo mi tratamiento, lo hice con confianza de que no afectaría mi calidad de trabajo ni implicaría mayores ajustes para la empresa.

Era una petición sensata, casi lógica, considerando que ya estábamos funcionando de forma remota y recién estábamos comenzando el camino de retorno a la presencialidad. Pero a veces lo razonable no basta cuando lo que se pone sobre la mesa es el bienestar de alguien. En su libro *Bajo la misma estrella* (2012), John Green afirma que el dolor, independientemente de lo que queramos nosotros, exige ser sentido. Creo que eso resume gran parte de lo que fue esta etapa: aceptar que el crecimiento no siempre es cómodo, que mi salud iba a gritarme aunque yo intentara callarla, que tomar pasos para mejorar duele, pero también libera.

Entonces llegó el verde, ese color que brota después de la tormenta, cuando todo empieza a crecer aunque aún esté temblando. Kandinsky (1912) veía el verde como el resultado del equilibrio entre el azul —que representa la calma y la profundidad— y el amarillo —símbolo de energía y expansión—.

Para él, el verde expresaba una quietud armoniosa, una satisfacción tranquila que no necesita avanzar para existir. En mi caso, ese verde fue precisamente eso: la pausa necesaria después del ruido, el espacio donde la esperanza se vuelve constancia y la calma reemplaza a la crisis. Fue el tono que marcó mi entrada al mundo laboral, cuando enfrenté mis inseguridades y me vi obligada a madurar en medio del caos. Verde fue el aprendizaje forzado pero fértil, el color que me enseñó que crecer duele, pero también libera. Que superar un reto no siempre se ve glorioso, pero siempre deja raíces más firmes.



Y si de algo sé, es de tener raíces firmes. El final de mi paso por la empresa estuvo marcado por un diagnóstico que no esperaba: una enfermedad crónica que no conocía y la imposibilidad de llegar a acuerdos que priorizaran mi bienestar. Me vi obligada a tomar decisiones para las que no me sentía lista. Y ahí llegó mi hermano. Germán Felipe, mi hermano mayor, ha sido la persona más influyente en mi vida y en quien más confío cuando necesito una mirada sensata. No sé si él lo sabe, pero no hay nada que no le confiaría ni opinión suya que no respete. Cuando tuve que decidir si seguir o cerrar ese ciclo laboral, fue el primero al que busqué. Llevaba semanas contándole lo difícil que era cumplir con mis obligaciones mientras mi salud empeoraba, y nunca hubo una palabra de desestimación. No me pidió que “fuera valiente”, ni que aguantara. Al contrario, me liberó con una frase sencilla: dijo que poner mi salud primero no era rendirse, sino cuidarme. Que un trabajo no me definía ni como persona ni como diseñadora. Su apoyo me dio una claridad que hacía mucho no sentía.

Además del amor y aliento de mi hermano, conté con el apoyo de su esposa: Kendra. Kendra lleva cerca de dos años lidiando día a día con el Covid Persistente, o Long Covid, término usado por primera vez en 2021. Según la Confederación Suiza de Covid Persistente, se diagnostica con esta enfermedad a las personas que han tenido una infección por COVID-19 y, luego de tres meses, los síntomas persisten. Es una enfermedad que limita el estilo de vida de quienes la padecen y requiere tiempo, paciencia infinita y mucha valentía para subsistir.

En La enfermedad como metáfora: un enfoque desde la hermenéutica (2023), Paul Ricoeur escribió que “la enfermedad no solo cambia la forma en que una persona experimenta el mundo, sino también cómo esa persona habita en él.” Creo que esa frase resume perfectamente lo que viví: la enfermedad me cambió, pero también

transformó la manera en que existo, en cómo ocupar el espacio y cómo entiendo mis propios límites. Mi batalla con mi cuerpo y mi diagnóstico fue bastante silenciosa, y sentí que gané el round. Llevaba años sintiendo distintas dolencias que afectaban todos los aspectos de mi vida y vivía en una constante incertidumbre al ver que cada día sufría por algo diferente, ya fuera físico o mental. El diagnóstico que recibí este año se sintió como brisa de aire fresco, una calma inmensa después de la tormenta. Luego de años de exámenes perfectos y tratamientos que no funcionaban, finalmente tenía un nombre: Adenomiosis. La adenomiosis es una condición del útero (la matriz) en la que el tejido que normalmente recubre el interior del útero —llamado endometrio— crece hacia la pared muscular del útero, esto viene acompañado de síntomas como menorragia, dismenorrea, dolor pélvico crónico, sensación de peso en la pelvis, indigestión y cansancio o debilidad, entre otros. Junto con mi diagnóstico llegó otra batalla. Mi mente gritaba: ¿Cómo voy a funcionar así? ¿Cómo le voy a servir a una empresa si mi cuerpo me pide parar? Porque crecimos en un mundo que nos enseña a tragarnos el dolor y romantizar la autoexplotación, como lo plantea Byung-Chul Han en *La agonía del Eros* (2017). En medio de esa lucha interna, la convivencia con Kendra fue mi mayor regalo. Vi que cuando pensaba en ella y sus limitaciones, mis palabras eran amables y comprensivas. Pero cuando me hablaba a mí misma, no había compasión: era dura, exigente e incluso un poco cruel. Como si los demás tuvieran permiso de sufrir, pero yo no. Entonces decidí cambiar el chip. Para mí, mi cuñada es un rayito de sol que ilumina todo a su paso, y eso incluye mi relación con la adenomiosis y la forma en que miro el mundo. Kendra es suiza, y verla maravillarse con Colombia me ha hecho redescubrir el realismo mágico del que tanto se habla: ese que me rodea y que antes no veía. A través de sus ojos aprendí a observar con amor, a detenerme en la belleza de lo cotidiano y a valorar cada minuto que paso con los que amo. También me enseñó que mi enfermedad no me define, aunque sea una parte grande de mí.

Creo que la vida nos pone frente a las personas que necesitamos, y ella ha sido una de las más importantes. No tendría la misma relación con mi cuerpo ni con mi salud si no fuese por Kendra.

Antes de terminar mi tiempo en la empresa, pedí que me dejaran trabajar desde casa por dos o tres meses para comenzar un tratamiento hormonal que no sabía cómo afectaría mi cuerpo, el mismo que ya estaba bastante afectado y revolucionado por síntomas distintos cada día. La petición venía acompañada de una recomendación médica y el apoyo de mi jefa directa. La respuesta de Gestión humana fue, cuando menos, decepcionante. Me negaron la acomodación, además de enviarme una lista de recomendaciones para cuidarme, entre ellas: compresas calientes, ejercicio, alimentación saludable y una buena higiene del sueño, cuidados regulares para cualquier persona saludable que tenga un cólico menstrual ‘común’, ese no era mi caso. En Colombia el artículo 3 de la Ley 2338 de 2023 declara la endometriosis como una enfermedad crónica, progresiva y debilitante. Y aunque la endometriosis no es lo mismo que adenomiosis, sí se encuentran en la misma categoría, por lo tanto la ley la cobija. Mi respuesta a la negativa fue clara: no estaba buscando consejo, sino adaptaciones por tiempo limitado. Sin embargo, la respuesta a ese último correo fue fría, casi hostil, con un tono de advertencia que me hizo entender, de una vez por todas, que mi salud física no era una prioridad para mis empleadores. Sentí que me veían como un número más dentro de una curva de desempeño, no como una persona atravesando una situación real. En *Thriving at the Crossroads: Navigating Work and Wellness in the Modern Workforce* (2023), Geethapriya y Layasri señalan que “la relación entre el estrés crónico y la exacerbación de las enfermedades crónicas está bien establecida; el estrés puede alterar los sistemas reguladores del cuerpo y afectar la eficacia del tratamiento.” Tal vez por eso mi cuerpo empezó a reaccionar de forma distinta: no solo era cansancio, era el peso de sentir que debía justificar mi dolor para seguir siendo parte de un sistema en el que ya no me sentía valorada,

sino inconveniente. Llegué a un límite en el que no soportaba más la situación, y la pelea sería más agotadora, así que finalmente renuncié. Tengo el privilegio de haber podido tomar esa decisión basándome meramente en lo que era mejor para mi salud física y emocional, no tengo un hogar que sostener ni debo valerme por mi cuenta. El peso económico se vio marcado porque de todas formas el sueldo que ganaba lo usaba para quitarle obligaciones a mis papás y ayudarles con cosas, pero la prioridad era yo.

En medio de ese enredo, le conté a mi mamá lo que pasaba, y al hacerlo me di cuenta de que llevaba tiempo sin hablarle de verdad. Había olvidado mi raíz más clara y firme: ella. Mi mamá es la mujer más extraordinaria que conozco. Tiene una sabiduría que parece no tener fin y una luz que alcanza a todos: a mis hermanos, a mis primos, a mis amigos, a cualquiera que se acerque. Todos parecemos orbitar alrededor de ella, buscando un poco de esa calma que siempre ofrece, incluso cuando las palabras duelen porque dicen la verdad. Luz Adriana hace honor a su nombre: ilumina. Y la única vez que sentí que su sonrisa podía apagarse fue el momento más aterrador y solitario de mi vida.

Mientras yo crecía, entre mudanzas y comienzos, descubrí algo obvio que siempre tuve enfrente: que mi mamá no era solo una madre, sino una mujer completa, llena de sueños, de historias, de cicatrices y de fuerza. Fue el tiempo que pasaste con tu rosa lo que la hizo tan importante,” escribió Antoine de Saint-Exupéry en *El principito* (1943) utiliza la metáfora de la rosa para darnos a entender que las cosas, o personas, no son especiales por sí mismas, sino por el significado que le damos y el tiempo que pasemos con ellos. y creo que no hay frase que describa mejor lo que ella representa para mí. Porque su tiempo, su presencia y su cariño son los que me enseñaron que cuidar también es una forma de amar.

Kandinsky (1912) definía el azul como el color de la calma y la profundidad espiritual, un tono que se aleja del bullicio exterior y se retrae hacia el alma. Decía que, cuanto más oscuro es, más se dirige hacia lo infinito, hacia lo que permanece

cuando todo lo demás cambia. En mi vida, ese azul tomó la forma de mi mamá y de mi hermano: dos presencias firmes que me recordaron que incluso el movimiento necesita quietud, y que la ternura también puede ser una fuerza. Fueron sus vivencias, su cuidado constante y las palabras de aliento de mi hermano lo que finalmente me hizo detenerme y priorizar mi salud. En ese instante comprendí que el azul no era solo un color, sino un refugio: la calma que traen quienes nos sostienen, la fuerza silenciosa de un abrazo, la claridad que aparece cuando alguien te recuerda que no estás sola. El azul de mi hermano y de mi mamá se volvió un ancla, una certeza en medio del caos, la sensación de que incluso cuando todo parece desordenarse, siempre habrá amor y sabiduría guiándome con paciencia, ternura y verdad.



Los últimos cuatro años de mi vida han estado marcados por muchos aprendizajes, cambios de rutina, la aceptación de que no puedo controlar cada cosa que ocurre en mis procesos y la revelación de que las cosas no siempre salen como quisiera, al menos no desde un principio.

Llegué a la Universidad del Valle siendo una chica recién salida del colegio, donde pasé catorce años de mi vida, rodeada del mismo grupo de amigos y en la misma ciudad donde viví por diecisiete. No tenía mucha idea de cómo funcionaba nada. Aunque mis valores estaban bien definidos, mi curiosidad iba más allá de los límites de mi realidad. Quería mudarme a un país distinto cada mes; buscaba vuelos, programas académicos, precios de vida, medios de transporte, itinerarios... No me encontraba en ningún lado, así que quería conocerlo todo.

Venía de una pandemia que había cambiado el mundo: millones murieron, miles quedaron con secuelas, la salud mental colectiva se desplomó. Nunca habíamos estado tan solidarios y tan distantes al mismo tiempo. Mi hermano acababa de mudarse a Suiza, y apenas me estaba acostumbrando a esa nueva realidad cuando tuve que dejar todo lo que conocía para enfrentar otra aún más intrigante y ajena: Univalle.

Entre las cosas que aprendí en estos cuatro años, creo que la más importante —y la que más me cuesta— es a soñar con los pies en la tierra y la esperanza en el cielo. Más de una vez me encontré frente a una pared de negaciones, oportunidades perdidas y ayudas económicas que parecían inalcanzables, cosas que tal vez no eran para mí. Pero las quería todas.

Por un tiempo decidí no buscar más allá de lo que veía a simple vista: nada de programas en el extranjero, nada de becas imposibles, nada de esperanzas que me subieran hasta la cima solo para dejarme caer. Tal vez estaba soñando demasiado

alto. Tal vez esos sueños no eran míos, sino de alguien con más recursos o más suerte. Tal vez.

Pero recordé algo importante: esta es mi historia, y yo decido cómo contarla.

Prefiero que mis

recuerdos estén llenos de 'lo intenté, aunque no se pudo' que de 'ni siquiera lo intenté porque parecía imposible'. Prefiero caminar por un bulevar de sueños rotos que por uno donde las ilusiones mueren por falta de sacrificio. Así que comencé a buscar. ¿Mi sueño más grande? Vivir en Italia. Conocer todas las estaciones, viajar, probar comida deliciosa, aprender el idioma, estudiar y crecer allá. Entonces comencé a trabajar para lograrlo.

Los sueños no se cumplen de un día para otro, ni con un par de deseos a la segunda estrella. Los sueños se trabajan todos los días; son como árboles: crecen poco a poco, a veces hay que cortar ramas, otras se caen las hojas, pero el tallo permanece firme y, con cuidado, florece.

Hoy sueño distinto: ya no desde la ilusión, sino desde la planificación; no desde la prisa, sino desde la constancia. Ahora tengo un rumbo claro, los sueños intactos y la fortaleza para aceptar que, si un plan falla, siempre habrá mil caminos más. John Green menciona en *Ciudades de papel* (2008), dice que

quizá las casas de papel se queman fácilmente, siguiendo su metáfora de las ciudades de papel, pero aclara que las personas son mucho más difíciles de destruir, y eso también aplica a los sueños: pueden cambiar de forma, doblarse o caerse, pero mientras haya voluntad de reconstruir, siguen existiendo.

Kandinsky (1912) describía el violeta como un rojo apagado por el azul, una energía que ha perdido su impulso pero ha ganado profundidad. Para él, este color reflejaba la unión entre la pasión y la calma, entre la acción y la contemplación, y transmitía una sensación de recogimiento, sabiduría y madurez espiritual. En mi camino, ese violeta representa justamente eso: el punto donde el impulso inicial se transforma en comprensión, donde los sueños dejan de ser

urgentes para volverse sostenibles. Y ese, precisamente, es el violeta: el color que llega cuando todos los demás se mezclan, cuando el caos encuentra armonía y la experiencia se convierte en sabiduría. Supongo que eso es también el diseño gráfico: aprender a equilibrar el caos y el orden, a combinar los contrastes hasta crear algo coherente, a transformar una idea en forma y un sentimiento en color. Diseñar me enseñó que la vida no siempre es simétrica, pero siempre puede ser significativa si se observa con la mirada correcta. El violeta es esa mirada: la de quien entiende que crear, vivir y soñar son, al final, parte del mismo acto de diseño.



Miro atrás a mi proceso y veo una paleta llena de matices: el rojo de mis raíces, el naranja del cambio, el amarillo de los sueños, el verde del crecimiento, el índigo de la calma y el violeta de lo aprendido. Cada color tiene su historia y su aprendizaje. Hoy sé que no solo hay un camino correcto: hay cientos.

Cuando llegué a la Universidad del Valle tenía todos los prejuicios posibles en la cabeza. No me sentía cómoda, y menos aún después de catorce años en una institución privada. De pronto estaba en una universidad pública, rodeada de todo lo que no conocía. No sabía qué esperar de los profesores, del campus, de los estudiantes. Era un lienzo en blanco, y tal vez por eso me dejé llenar de vivencias: los pasillos, los murales, los carteles y grafitis que gritaban por todos lados. Dejé que los colores de mi facultad se metieran bajo mi piel y se volvieran patrones que se quedarían en mí para siempre. Y sin embargo, sobre ese lienzo aún parecía haber una fina capa de plástico agrietado: me sumergí en Univalle, pero no dejé que me tocara del todo.

La universidad no te prepara al cien por ciento para salir al mundo laboral. En mi caso, nunca vi una clase completa sobre diseño de empaques; el semestre en que tuve diseño de marca coincidió con el MASS 2023 y se vio interrumpido; y no hubo materias enfocadas en marketing. Son tres pilares fundamentales del diseño gráfico, y sabiendo que la universidad era responsable de mi formación profesional, creo que en ese sentido me falló un poco.

El pénsum nuevo de Diseño Gráfico tiene una falencia evidente: no existe una materia en el ciclo básico dedicada exclusivamente al aprendizaje de los programas de diseño. Gran error. Los programas son la base. Desde primer semestre nos defendemos con ellos, y con ellos nos abrimos paso en el mundo laboral, apoyándonos casi exclusivamente en la suite de Adobe que nos brinda la universidad.

En cualquier trabajo lo primero que piden es manejo de software, y claro que podemos aprender por nuestra cuenta, pero el punto de partida debería estar en el aula, en ese espacio donde se supone que nos forman como profesionales. Los programas se actualizan constantemente; no necesitamos una clase cada semestre solo de introducción a las nuevas funciones de Illustrator o Photoshop. Lo que necesitamos es un punto de partida sólido, alguien que nos muestre el camino inicial, que nos enseñe a simplificar los procesos para después improvisar con libertad. Que los profesores no tengan que sacar tiempo de sus programas —ya interrumpidos por las eventualidades de un semestre universitario— para enseñarnos una herramienta que, idealmente, deberíamos manejar desde el principio.

Pero si algo le reconozco profundamente a Univalle es su capacidad de transformarte desde adentro. Puede que no siempre tenga todos los recursos, pero tiene algo que no se enseña en ningún manual: te enseña a resistir, a adaptarte, a pensar críticamente y a construir con lo que hay. Es un lugar donde el aprendizaje no se limita a los salones; se da en los pasillos, en las conversaciones, en los carteles pegados en los muros, en la gente que lucha por lo que ama. Univalle tiene esa manera tan suya de empujarte a salir de la comodidad. De enfrentarte a la realidad con crudeza, pero también con esperanza. Allí uno aprende que el diseño no solo está en los programas o en los trazos, sino también en la forma en que habitamos el mundo, en cómo resolvemos problemas cuando los recursos son escasos, en cómo damos forma a las ideas incluso con obstáculos, eso es algo que ningún software puede enseñar.

Y en medio de ese aprendizaje también comprendí algo esencial para mi oficio: acomodar las herramientas según el cliente no es perder calidad, es entender realidades. Hay negocios pequeños que no pueden permitirse pagarle a un diseñador más de una vez, y a veces crearles algo en Canva

—algo que puedan reutilizar y modificar por su cuenta— es un gesto honesto. No se verá tan profesional, claro, pero les dará autonomía. Es priorizar al cliente y, de vez en cuando, sacrificar un poquito de uno para acomodarse al otro. Tiene sus lados negativos, pero también es un acto de empatía. Creo que la calidad del producto es importante, sin embargo acomodarnos a las posibilidades del cliente también forma parte de mis prioridades como diseñadora.

Y junto a eso entendí otra verdad que a veces se nos olvida: como diseñadores necesitamos un balance. Hacemos esto porque lo amamos, pero el trabajo puede consumirnos sin darnos cuenta. A mí me pasó. Me encanta hacer ilustraciones vectoriales, pero las había dejado de lado porque en el trabajo me dedicaba únicamente a branding y social media content. Estaba empezando a olvidarme de mí.

Descubrí que necesitamos equilibrar nuestra pasión y nuestra profesión, cultivar ambas para no perder de vista quiénes somos y de dónde venimos.

Aprendí que el verdadero valor de esta universidad no está en sus edificios ni en sus recursos técnicos, sino en la comunidad que la habita: en los profesores que, a pesar de las limitaciones, dejan huella con su compromiso; en los compañeros que comparten apuntes, materiales, café y desvelos; en la diversidad que se respira en cada pasillo, donde conviven ideas, acentos y formas de ver el mundo completamente distintas. Y creo que esa es la mayor lección que me llevo: que el diseño —y la vida— se trata precisamente de eso, de aprender a crear belleza incluso en medio de la carencia, de transformar lo cotidiano en significativo. Univalle me enseñó a no esperar a que todo esté perfecto para empezar, sino a empezar con lo que tengo y hacerlo funcionar.

Kandinsky (1912) veía en el blanco el silencio absoluto lleno de posibilidades, el punto donde todo puede comenzar de nuevo. Decía que es una especie de nada antes de que algo nazca, pero una nada cargada de esperanza. En mi caso, ese blanco representa eso mismo: la pausa y la posibilidad. Es la calma después del

color, el silencio que guarda todo lo aprendido y la promesa luminosa de un nuevo comienzo. El espacio que deja Univalle en cada estudiante para que se rediseñe a sí mismo, para que parta de un lienzo limpio y pinte su propio futuro. Y tal vez ese sea el mayor aprendizaje de estos años: entender que el diseño —y la vida— siempre pueden comenzar otra vez. Que incluso si el lienzo se agrieta o el color se desgasta, siempre habrá un fondo blanco esperando por nosotros, dispuesto a ser pintado de nuevo; que un error puede ser el inicio de algo increíble; y que cada boceto descartado es un paso más cerca de la meta.

“El diseño es simple, por eso es tan complicado.” -Paul Rand

Referencias

- Adenomiosis:
https://www.mayoclinic.org/diseases-conditions/adenomyosis/symptoms-causes/syc-20369138?utm_source=chatgpt.com
- Cuarón, A. (Director), & Kloves, S. (Guionista). (2004). Harry Potter and the prisoner of Azkaban [Película]. Warner Bros. Pictures. / Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore...
- Franco, A. K. (2015). Rebelión (Saga Rebelión #1). Ediciones B.
- Freire, P. (2005). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Gaiman, N. (2002). Coraline. HarperCollins.
- Geethapriya, S., & Layasri, B. (2023, Nov–Dec). Thriving at the crossroads: navigating work and wellness in the modern workforce. International Journal for Multidisciplinary Research, pág. 5-6.
- Goethe, J. W. von. (1810/1992). Teoría de los colores (Trad. M. Rodríguez). Ediciones Akal.
- Graeber, D. (2018). Trabajos de mierda: Una teoría (I. Barbeitos García, Trad.). Ariel.
- Green, J. (2008). Ciudades de papel (Trad. M. Echavarría). Nube de Tinta.
- Green, J. (2012). Bajo la misma estrella (Trad. N. Esteban). Nube de Tinta.
- Han, B-C. (2017). En Byung Chul Han. La agonía del Eros. Barcelona: Herder.
- Itten, J. (1961). El arte del color. Editorial Gustavo Gili.
- Kandinsky, W. (1912). De lo espiritual en el arte. Múnich: Piper Verlag.
- Katzenbach, J. (2009). El psicoanalista (L. P. Lascorz, Trad.). Ediciones B. (Obra original publicada en 2002).
- Ley 2338 de 2023:
<https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=149885>
- Martin, G. R. R. (1996). A game of thrones. Bantam Books.

- Real Academia Española. (s. f.). Gráfica. En Diccionario de la lengua española (23.^a ed.). Recuperado el 16 de octubre de 2025, de <https://dle.rae.es/gr%C3%A1fico>
- Ricoeur, P. (2023). La enfermedad como metáfora: un enfoque desde la hermenéutica. Pág. 6. Saint-Exupéry,
- A. de. (1943). El principito (Trad. B. Schulz). Rey Naranjo Editores.

Agradecimientos

A mi mamá, por acompañarme en cada paso que di desde un principio, por haberme formado de todas las formas imaginables, y por hacer parte de la mujer que soy hoy. Gracias por poner tus sueños de lado para apoyar los nuestros, quiero que sepas que mi propósito de ahora en adelante es cumplir los tuyos.

A mi papá, por hacerme saber siempre lo orgulloso que está de mí, por su felicidad cuando entré a su alma máter, por sus besos y abrazos, por sus palabras de apoyo y su constante esfuerzo y sacrificio por nosotros. Por ponerle una banda sonora sabrosa a nuestra vida y hacernos crecer en medio de boleros, salsas, vals y tangos.

A mi hermana, por enseñarme que siempre puedo exigirme más a mí misma y lograrlo, por estar conmigo durante toda mi vida, por muñequear conmigo y confiar en mi proceso y dejarme ver el suyo para inspirarme con la gran mujer que me ha visto crecer. Por estar siempre para todos y llenar mi vida de alegrías, por dejarme conocerte un poco más cada vez y permitirnos conocer cada nueva faceta de ti.

A mi hermano, por ser mi confidente y apoyo más grande, por hacer que la vida me sepa un poquito más dulce cuando mi cabeza no me deja ver más allá del problema, por permitirme esta oportunidad y por siempre confiar en mí con los ojos cerrados. Por llenarte los hombros con más peso del necesario para vernos bien, por hacernos saber de todas las formas posibles que nos amas y mostrarme mis cosas favoritas del mundo.

A mi abuela, por ser una presencia constante, por alcahuetear hasta lo más mínimo y no dudar de mí jamás. Por estar junto a mí desde el momento en que pisé Cali por primera vez hace cuatro años y quedarte para verme caminar hacia mi título de Diseñadora Gráfica.

A mi novio, por ver la grandeza en mí cuando me sentía pequeña, por empujarme a dar lo mejor de mí, por ayudarme a caminar cuando mis pasos pesaban inmensamente, por darme su amor incondicional en todo momento y ser mi compañero en todo, para siempre.

A mis compañeros de apartamento, por hacer mi paso por la universidad mucho menos estresante de lo que podía ser, por las madrugadas charlando y los recuerdos que formamos juntos, gracias por acompañarme por estos años locos y permitirme acompañarlos a ustedes.

A mis mejores amigas, por estar conmigo desde la distancia y siempre estar orgullosas y apoyándome, por hacerme reír cuando lo necesitaba y dejarme acompañarlas por la locura que llamamos vida, sin importar qué, cuándo, ni dónde.

Jose Cuartas, por darme su apoyo y compañía en un proceso donde me sentía tan perdida, y depositar su confianza en mí, en medio del caos de la Universidad. Y gracias por mostrarnos la cultura cyberpunk, me veo obligada a seguir viendo películas así.

A mí, por superarme a mí misma cada vez. Por no rendirme, por decidir dar un paso más cuando todo me gritaba que me detuviera, y haber llegado hasta aquí. Porque por eso es mi esfuerzo, dedicación, sudor, lágrimas y amor por mi profesión, que he llegado hasta donde estoy. Lo logré.